

VIDA Y LITERATURA. IDENTIDAD PERSONAL E IDENTIDAD DEL PERSONAJE

Alfredo Martínez Sánchez. Málaga

El objeto de la comunicación es analizar las relaciones que Paul Ricoeur establece entre identidad personal e identidad del personaje literario, para subrayar la diferencia entre ambas y conducir a una crítica de las conclusiones obtenidas por el filósofo francés.

Una de las intenciones implicadas en el título de la obra de Ricoeur *Soi-même comme un autre* se refiere al término 'même', su objetivo es la distinción de dos significados principales dentro de la identidad: la identidad como *idem* (o mismidad) y la identidad como *ipse* (o ipseidad). El rasgo más destacado de la identidad como mismidad es la permanencia en el tiempo, y en ese sentido se opone a lo diferente entendido como variable o cambiante. Por su parte, la ipseidad se caracteriza por no implicar «ninguna afirmación concerniente a un pretendido nudo no cambiante de la personalidad» (p. 13)¹.

El campo narrativo constituye para el autor el lugar privilegiado para la confrontación de los dos usos del concepto de identidad: mismidad e ipseidad. La distinción entre ambos alcanza su pleno sentido cuando tenemos en cuenta los aspectos temporales involucrados. El verdadero problema suscitado por la confrontación de ipseidad y mismidad surge, por tanto, cuando introducimos la cuestión de la permanencia en el tiempo (p. 140)².

Cuando nos encontramos ante procesos en los que el paso del tiempo supone un cambio, una diferencia, como en el caso del envejecimiento, la amenaza que la diferencia supone para la identidad puede ser neutralizada apelando a un principio de permanencia en el tiempo. Ricoeur distinguirá dos fórmulas para esta permanencia: la del carácter y la de la palabra mantenida (la promesa).

El carácter designa la mismidad de la identidad personal, esto es, «el conjunto de marcas distintivas que permiten reidentificar a un individuo humano como el mismo»

¹ Cuando en una referencia sólo se indique el número de página se entenderá que se refiere a *Soi-même comme un autre*, Seuil, París, 1990

² El autor comienza esta fase de su argumentación con una larga pregunta que resumo: ¿implica la ipseidad del *soi* un forma de permanencia en el tiempo que no sea la de un sustrato como el que propone la noción de sustancia (incluso en el sentido kantiano)? En el lenguaje de los estudios anteriores la pregunta se reformula así: «¿se dejaría incorporar una forma de permanencia en el tiempo a la pregunta "¿quién?" en tanto que irreductible a toda pregunta "¿qué?"». Una forma de permanencia en el tiempo –añade finalmente Ricoeur– que sea una respuesta a la pregunta "¿quién soy yo?"», p. 143. La respuesta a estas preguntas comienza con la distinción entre dos modos de permanencia en el tiempo, el del carácter, y el de la promesa

(p. 144)³.

El modelo de permanencia en el tiempo representado por la promesa, muestra un tipo de identidad opuesto al del carácter, y supone, a diferencia de lo que ocurría en el modelo anterior, la separación entre *ipse* e *ídem*. El mantenimiento de la palabra dada manifiesta, para Ricoeur, una forma de permanencia ligada a la ipseidad, un «mantenimiento de sí» (*maintien de soi*).

La oposición entre mismidad del carácter y *maintien de soi-même* en la promesa abre un «intervalo de sentido» (p. 150), una distancia que será llenada por la noción de identidad narrativa al establecer una mediación entre ambos tipos de permanencia en el tiempo. La identidad narrativa oscilará, así, entre dos límites, un límite inferior marcado por la confusión entre el *ídem* y el *ipse*, y un límite superior marcado por una ipseidad sin apoyo en el *ídem*⁴.

³ Ricoeur ya se había ocupado del carácter en *Le volontaire et l'involontaire* y en *Finitud y culpabilidad*, la diferencia fundamental de la presente obra con respecto a aquellos análisis, consiste en que ahora el autor ya no mantiene la inmutabilidad del carácter (pp. 144 y 155), sino que acepta también la existencia de un elemento de innovación. El aspecto temporal del carácter es expresado mediante la noción de disposición: «El carácter, diría hoy, designa el conjunto de disposiciones perdurables en las que se reconoce a una persona», p. 146. La noción de disposición es elucidada en conexión con el hábito, que incorpora al carácter una dialéctica de innovación y sedimentación, y con el conjunto de identificaciones adquiridas, por las cuales lo otro entra en la composición de lo mismo (el autor se refiere aquí, entre otros, al proceso de interiorización de normas y valores mediante la identificación con determinados modelos. Por su parte la adquisición de hábitos hace posible que podamos hablar de una historia del carácter –p. 146–, con lo que adquiere una dimensión narrativa –p. 148–). Este tipo de permanencia en el tiempo es interpretada por el autor como un «recubrimiento» del *ipse* por el *ídem*, p. 146

⁴ Antes de abordar directamente la mediación de la identidad narrativa, Ricoeur considera que es útil examinar las teorías de la identidad personal que ignoran tanto la distinción entre *ipse* e *ídem*, como los recursos que ofrece la narratividad.

Comienza por las concepciones de Hume y Locke, las cuales pueden llevar a plantear la cuestión de «saber si el mejor criterio de identidad es de orden corporal o psicológico», p. 154. Pero el autor no se detiene en este problema, cuya formulación no le parece adecuada, y prefiere aplazarlo hasta que la noción de identidad narrativa nos permita comprender mejor la ipseidad y la mismidad. Ricoeur desconfía de ésta formulación del problema, en primer lugar, por que no quiere dejar creer que existe una afinidad especial entre criterio psicológico e ipseidad, y entre criterio corporal y mismidad, p. 153.

Posteriormente el filósofo francés se ocupa de la obra de Derek Parfit *Reasons and Persons* (Oxford University Press, Oxford, 1986), la cual desarrolla una crítica a creencias habituales en torno a la identidad, para desembocar en una especie de «cuasi-budismo», p. 165. Según Ricoeur, el planteamiento de Parfit elude y neutraliza el fenómeno expresado por la noción de cuerpo *propio*, en beneficio de una descripción impersonal, p. 159. Entre los argumentos del autor ocupa un lugar destacado el que gira en torno al lugar del cuerpo en la noción de persona. Parfit sostiene que «la existencia de una persona consiste exactamente en la existencia de un cerebro y de un cuerpo y en la ocurrencia de una serie de acontecimientos físicos y mentales ligados entre ellos», p. 157. Se niega, por lo tanto, que nosotros seamos algo distinto de nuestro cerebro/cuerpo y de ciertos acontecimientos específicos. Sin embargo, según Parfit, lo que está diciendo la noción de identidad personal es que *sí* somos algo distinto (ese algo distinto es la identidad); en este sentido, la identidad es un «Hecho Suplementario», p. 158.

Desde el punto de vista de Ricoeur, la estrategia seguida por Parfit (v., p. 158) elude un fenómeno central: el de «la posesión por alguien de su cuerpo y de su vivencia» (ibíd.). Parfit, se afirma, considera superfluo ese fenómeno, que es llamado *mienneté* (que, sin pretender ser exhaustivos, podríamos traducir por «miandad», o como ha hecho A. Neira por «calidad de mío» –v., *Sí mismo como otro*, p. 129–). De esta manera, la tesis defendida por Parfit («tesis reduccionista») significa la neutralización del cuerpo como propio (el cuerpo como mío) y su reducción a cuerpo entre los cuerpos. Este proceso se basa en la

1. La mediación operada por la narración entre teoría de la acción y teoría moral

Además de llevar a su grado más alto la dialéctica de la mismidad y la ipseidad, el estudio dedicado a la identidad narrativa (estudio sexto) tiene por tarea «la exploración de las mediaciones que la teoría narrativa puede operar entre teoría de la acción y teoría moral» (p. 167)⁵. Esta tarea tiene dos vertientes, por la primera la teoría narrativa conecta con la teoría de la acción, a través de la extensión del campo práctico (suscitado por la función narrativa) para que la acción descrita pueda igualarse a la acción contada; por la segunda, la teoría narrativa conecta con la teoría moral, en tanto que la narración, al no ser jamás éticamente neutra, se convierte en el «primer laboratorio del juicio moral» (p. 167)⁶. La realización de esta doble tarea determina, como se dijo anteriormente al presentar la tríada describir, contar, prescribir, la posibilidad misma de la mediación operada por la teoría narrativa.

A mi juicio, podemos observar cómo la acción da unidad a todo el proceso mediador, al atravesar los tres momentos conectados, aún cuando se trate de una acción transfigurada al paso por cada uno de ellos. Es primero la acción en el sentido limitado de la teoría de la acción, después la acción configurada y refigurada por la narración, y finalmente la acción éticamente cualificada. Quizás por eso la relevancia de la acción no se detiene en el ámbito de una teoría de la acción, sino que, incluso más allá de la tríada describir/narrar/prescribir, afecta a la propia constitución del *soi*; lo que nos desvela, una vez más, el aspecto ontológico de la acción: «la constitución recíproca de la acción y del *soi*» (p. 167) será proseguida, nos dice el autor, en las dos vertientes de la mediación efectuada por la teoría narrativa.

Esta constitución mutua supone otra recuperación de una idea que ya estaba en *Le volontaire et l'involontaire*, una idea que resurge ahora transformada por su

naturaleza impersonal (como en Davidson) del concepto de acontecimiento, incluido en la definición de existencia de una persona de Parfit, y en el papel privilegiado otorgado al cerebro. A diferencia de la relación que mantenemos con muchas partes de nuestro cuerpo y con nuestro cuerpo de una manera general, no tenemos ninguna relación *vivida* (o *vivencial*) con nuestro cerebro. Por lo tanto, el cerebro «está despojado de todo estatuto fenomenológico, y por consiguiente, de todo rasgo de pertenencia mía», p. 159.

Aunque el autor no lo explicita completamente, podemos interpretar que, puesto que se opone a la definición de Parfit, su interés apunta a la introducción de una realidad distinta del cuerpo/cerebro y de los acontecimientos correspondientes, y lo hace a través de la noción de *mienmeté*. Efectivamente, esta noción establece una relación de posesión (y de esa manera una diferencia) entre «alguien» y su cuerpo, más una vivencia fenomenológica (su *vécu*). Una diferencia que, por otra parte, era respetada, según Ricoeur, en el concepto de adscripción.

Pero ¿qué es ese «alguien» mencionado más arriba, si no es un cerebro, ni un cuerpo, ni un conjunto de acontecimientos específicamente asociados a ellos?

⁵ Se desarrolla así lo que ya aparecía claramente postulado en *Du texte à l'action*: «las estrechas conexiones entre teoría de la acción, teoría narrativa y teoría ético-política» (op. cit., p. 9), a las que ya he aludido anteriormente.

⁶ Este hecho (que ya había sido observado en *Temps et récit III*, p. 447) constituye una determinación de la tesis, ya anteriormente mencionada, de que «la narratividad sirve de propedéutica a la ética», p. 139. Por su parte, la idea de la narración como laboratorio ha aparecido en distintas ocasiones a lo largo de los escritos de Ricoeur (v., por ejemplo, *Du texte à l'action*, p. 17).

incorporación a una hermenéutica, me refiero a la dirección reflexiva de la decisión (cuya pista ya encontramos al considerar la noción de iniciativa), donde el autor nos hablaba de una constitución recíproca de mi acción y de mi ser.

2. *Agente y acción desde la perspectiva narrativa*

Precisamente, cuando se Ricoeur se ocupa de la dialéctica entre ipseidad y mis-midad⁷ incide en algo que ya estaba en *Temps et récit*: la constitución recíproca de la identidad del personaje y de la trama (v., especialmente, *Tiempo y Narración II*, pp. 67 a 114; trad. 66 a 109).

(a) La identidad del personaje es la forma que adquiere la identidad personal en la teoría narrativa. La noción de configuración permitirá integrar la diversidad en la permanencia, el proceso configurador, en tanto que «síntesis de lo heterogéneo» (p. 169), articula la diversidad de acontecimientos de la historia contada con la unidad temporal misma, y los diferentes componentes de la acción (intenciones, causas y azares) con el encadenamiento de la historia (la síntesis de lo heterogéneo fue colocada por el autor en el centro del proceso de configuración designado como *mimesis II*). De esta manera los diversos elementos de la trama adquieren su significado desde la totalidad temporal de la obra, y al mismo tiempo los acontecimientos pierden la neutralidad impersonal que tenían en las concepciones de Davidson y Parfit (v., p. 169, y n. 1). La narración proporciona un concepto de identidad dinámica que concilia identidad y diversidad, y que puede ser aplicada también al personaje. A través de esa transferencia se producirá la aportación de la categoría narrativa de personaje a la cuestión de la identidad personal.

Sobre la correlación entre acción y personaje el autor adopta «el axioma enunciado por Frank Kermode, según el cual para desarrollar un carácter es necesario contar más» (pp. 171-172). La interrelación entre acción y personaje proporciona la solución narrativa al problema de la adscripción de la acción al agente, para lo cual el autor se sirve de la obra de Claude Bremond⁸ (v. *Tiempo y Narración II*, pp. 78 a 87; trad. 76 a 84), quien define la noción de función como «la atribución a un sujeto-persona de un predicado-proceso eventual, en acto o acabado» (p. 172). Esta definición sirve de base para la elaboración de un repertorio de funciones, que comienza por la distinción entre agentes y pacientes, con ella lo que hemos denominado la estructura acción/pasión vuelve a encontrar una de sus expresiones, apuntando más allá del mero ámbito narrativo. La teoría narrativa ofrece en este punto una mediación entre teoría de la acción y teoría ética, ya que es a partir de la distinción entre agentes y pacientes como se pueden introducir las valoraciones y las retribuciones, según lo que el agente haga y el paciente reciba.

Por último, el autor retoma también el examen realizado en *Tiempo y Narración II* (pp. 88 a 114; trad. 84 a 109) de la concepción de A. J. Greimas, el cual elabora una semiótica que pretende ser rigurosamente acrónica, pero que, según Ricoeur, mani-

⁷ Dialéctica considerada por el autor como la mayor contribución de la teoría narrativa a la constitución del *soi*.

⁸ Claude Bremond, *Logique du récit*, Seuil, París, 1973. La frase utilizada por Ricoeur apareció anteriormente en *Tiempo y Narración II*, p. 80; trad. 77.

fiesta, igualmente, la correlación necesaria entre personaje y trama (v., *Soi-même comme un autre*, pp. 173 y 174).

La conjunción de los dos procesos de construcción narrativa, el de la acción (obsérvese como Ricoeur habla indistintamente de trama y acción) y el del personaje, constituye la réplica poética (la «verdadera respuesta», escribe también Ricoeur -p. 174-) a las aporías de la adscripción⁹. Aunque desde el punto de vista paradigmático las preguntas «¿quién?», «¿qué?», «¿cómo?», etc., puedan ser establecidas separadamente (es decir «designar términos discretos de la red conceptual de la acción» -ibíd.), las respuestas a estas preguntas, desde un punto de vista sintagmático, forman una cadena que es el propio encadenamiento de la narración. De la misma manera, la articulación entre trama y personaje ofrece una fórmula de encuentro a la investigación de los motivos y a la búsqueda del agente (la primera virtualmente infinita, y la segunda, en principio, finita, en el plano de la atribución a alguien) en el doble e inseparable proceso de identificación de la trama y del personaje. Finalmente, y en relación con la tercera aporía de la adscripción, la solución aportada por la narración consiste en hacer coincidir la iniciativa del personaje con el comienzo de la acción fijado por el narrador¹⁰. Globalmente es la noción de identidad narrativa la que suministra una réplica poética a las aporías de la adscripción.

3. Ipseidad y mismidad

(b) La dialéctica entre ipseidad y mismidad prosigue a partir de la noción de personaje pergeñada en la fase anterior.

En primer lugar, la dialéctica del personaje reproduce la relación entre concordancia y discordancia que caracteriza la construcción de la trama como síntesis de lo heterogéneo. Desde la perspectiva de la concordancia, la singularidad del personaje es la singularidad de su vida, entendida como totalidad temporal¹¹, desde la perspectiva de la discordancia los acontecimientos imprevisibles amenazan con romper la unidad de esa totalidad. La síntesis de ambos momentos somete la contingencia del segundo a la necesidad interna de la historia como totalidad (en esta medida podría decirse que es una necesidad retroactiva), de tal manera que la identidad del personaje es propiamente la historia de su vida.

Entre los dos modelos de permanencia en el tiempo considerados anteriormente, el del carácter, y el de la promesa, se sitúa la dialéctica del personaje, la identidad narrativa del personaje. El autor va a indagar en esta función mediadora partiendo de su comprensión de la literatura como una especie de «laboratorio» (p. 176) conceptual, gracias a las variaciones imaginativas a las que la identidad puede ser sometida en la narración (por lo tanto, este «laboratorio» aún no es específicamente un «laboratorio moral»).

Ricoeur distingue entre las variaciones imaginativas de la ficción literaria y las de

⁹ La expresión «réplica poética» está utilizada en el mismo sentido que en *Temps et récit*, es decir, como algo distinto de una solución teórico-especulativa.

¹⁰ De tal manera que esa iniciativa se correspondería con la tesis de la tercera antinomia kantiana, y el comienzo se correspondería con la antítesis.

¹¹ En este sentido «es la identidad de la historia la que hace la identidad del personaje», p. 175

la ficción tecnológica (que viene a coincidir con lo que usualmente denominamos «ciencia-ficción»), utilizadas por D. Parfit en *Reasons and Persons*. La diferencia entre ambas se centra en el tratamiento del cuerpo. Así, mientras que lo que el autor llama ficción literaria mantiene la condición corporal como un invariante, la ficción tecnológica somete ésta condición a diferentes variaciones imaginativas, como pueden ser la teletransportación o las manipulaciones cerebrales.

El filósofo francés mantiene que «en la medida en que el cuerpo propio es una dimensión del *soi*, las variaciones imaginativas en torno a la condición corporal son variaciones sobre el *soi* y su ipseidad» (pg. 178). La corporeidad alcanza un valor existencial que designa nuestra forma de ser en el mundo. Según Ricoeur este aspecto está presupuesto en la narración literaria en tanto que «*mimesis* de la acción» (ibíd.), puesto que «la acción ¿imitada?, en y por la ficción, permanece también sometida a la constricción de la condición corporal y terrestre» (ibíd.). Por su parte, la ficción tecnológica suele tener al cerebro por equivalente de la persona, y sus variaciones imaginativas se limitan a la mismidad.

La vinculación entre acción y cuerpo, que ya fue establecida en *Le volontaire et l'involontaire* (y que se ha ido desarrollando en contacto con nociones como las de «poder-hacer» y «pasividad») adquiere ahora una nueva hondura, cuando se afirma que la «hermenéutica de la existencia, subyacente a la noción de actuar y padecer» tiene por insuperable esta condición corporal y terrestre (pg. 178).

Por otra parte las variaciones imaginativas en las que el cuerpo se convierte en una variable contingente (teletransportación, etc.), plantean la cuestión de la supervivencia del individuo, e involucran aspectos de índole ética. Las posibilidades imaginadas podrían suponer una violación al derecho a la integridad física, y en esa medida atentar contra la identidad personal. En conjunto, esas variaciones imaginativas suscitan el problema de la imputación moral y jurídica (como se manifiesta en el ejemplo del derecho a la integridad física), en este sentido el autor sugiere que para que la capacidad de imputación no sea asignada arbitrariamente a las personas, la invariante de la corporeidad debe ser tenida por irrebalsable en el plano ontológico (pg. 179).

El papel del cuerpo en la imputación y su correlato ontológico derivan del hecho de que para Ricoeur la posibilidad de actuar y padecer depende de la condición corporal (v., p. 179); por lo tanto, la puesta en cuestión de esta dependencia pondría en peligro sus conclusiones. En mi opinión es perfectamente factible una variación imaginativa en la cual un cerebro vivo pueda actuar y padecer a través de un cuerpo distinto del original, e incluso a través de un sistema artificial, lo que ocurriría entonces es que la manera de actuar y padecer sería, probablemente, distinta. Esta diferencia nos vuelve a llevar al problema de la identidad, ya que podría suponer un cambio en cuanto al *soi* y su ipseidad: ¿hasta qué punto esa eventual diferencia (introducida por la variación imaginativa que propongo) nos permitiría decir que se trata de la misma persona, antes y después de la sustitución de un cuerpo por otro (o por un sistema artificial), manteniendo el mismo cerebro?. Esta pregunta es la misma que hace de la imputación un problema.